

FRANÇOIS LOPEZ

JUAN PABLO FORNER
(1756-1797)
Y LA CRISIS DE LA CONCIENCIA
ESPAÑOLA

Traducción
FERNANDO VILLAVERDE

JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN
Consejería de Educación y Cultura
1999

ÍNDICE

PREFACIO.....	9
PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA.....	15
PRINCIPALES ABREVIATURAS UTILIZADAS.....	19
CAPÍTULO I	
1. LOS ORÍGENES Y EL ENTORNO FAMILIAR.....	21
2. LA TRADICIÓN INTELECTUAL Y EL PRIMER SIGLO XVIII.....	37
I. Tradición y tradiciones.....	37
II. La época de los <i>novatores</i>	41
III. La «hora de la razón» y la crisis de conciencia.....	54
IV. El libro y la sociedad en la primera mitad del siglo: dos sondeos.....	64
V. Mayáns y la tradición intelectual valenciana.....	79
VI. Las ideas políticas y sociales de Mayáns.....	97
VII. Restauración de las <i>bonae literae</i> y reforma de la Iglesia.....	107
VIII. El humanismo cristiano de Mayáns, resurgimiento del erasmismo.....	113
IX. Las ideas de Mayáns sobre la lengua y el gusto.....	137
X. La contribución del humanismo valenciano a la Ilustración.....	172
XI. Andrés Piquer: el hombre, el erudito, el educador.....	180
XII. Balance y conclusiones.....	199
CAPÍTULO II	
EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA.....	205

CAPÍTULO III

DE LOS AÑOS DE OSCURIDAD A LOS PRIMEROS PANFLETOS (1778-1784).....	251
---	-----

CAPÍTULO IV

FORNER, APOLOGISTA DE ESPAÑA.....	311
-----------------------------------	-----

CAPÍTULO V

JUAN PABLO Y LA REPÚBLICA DE LAS LETRAS AL FINAL DE LA «BELLE ÉPOQUE» DE LAS LUCES	429
---	-----

CAPÍTULO VI

EL ASCENSO: DEL PURGATORIO DE SEVILLA AL CONSEJO DE CASTILLA, LA CITA PERDIDA DE FORNER CON LA HISTORIA..	495
--	-----

EPÍLOGO Y CONCLUSIONES.....	557
-----------------------------	-----

APÉNDICE I. UN TESTAMENTO LITERARIO: LAS <i>EXEQUIAS DE LA LENGUA CASTELLANA</i>	571
--	-----

APÉNDICE II. LA CORRESPONDENCIA DE FORNER	605
---	-----

BIBLIOGRAFÍA.....	659
-------------------	-----

ÍNDICE DE PERSONAS.....	691
-------------------------	-----

PREFACIO

Cuando concebí el proyecto de este libro, hace unos quince años, mi primera intención era escribir una clásica monografía del tipo *X, el hombre y la obra*. La época que más me atraía, y a la que quería dedicar mi tesis doctoral, era el siglo XVIII, porque fue el de la Revolución Francesa, el siglo que preparó, que acompañó y que siguió a una extraordinaria explosión de ideas cuyos ecos aún resuenan en nuestros días. Más que la literatura propiamente dicha, lo que me interesaban eran las ideas, y la historia de las grandes ideologías. Me sentía inclinado así, lógicamente, hacia tres épocas que me parecían unidas por un muy estrecho parentesco: el siglo XVI, el siglo XVIII y, por último, el mío, el XX. Siglos de invención y de insurrección, en los que el pensamiento ha provocado acciones y cambios decisivos. Me parecía que los siglos XVII y XIX, en cambio, habían vivido sobre todo de la herencia recibida. Hoy ya no veo las cosas de una manera tan sumaria, pero sigo estando convencido de que en el movimiento continuo de la historia hay épocas de fiebre especulativa, que guardan una sorprendente semejanza entre sí, como la cresta de una ola se parece a otra, y tiempos de calma, de asimilación y maduración. En cuanto a las Luces, ya no creo que debamos circunscribirlas a un solo siglo, como cuando emprendí esta obra. De hecho, las veo como un proceso constantemente activo en nuestra civilización, al menos desde la época del «libre Renacimiento», y suscribo ahora con plena convicción estas palabras de Heinrich Freyer que Fernand Braudel citó en sus *Écrits sur l'histoire*: «La época de las Luces (el *Aufklärung*) no es sólo ese fenómeno histórico de alcance limitado que solemos designar con esa expresión, sino también una de las tendencias de fondo, casi diríamos que la tendencia de la historia europea por excelencia...».

Como hispanista, las obras fundamentales a las que debía remitirme al iniciar mis lecturas y mis investigaciones eran *L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIII^e siècle* de Jean Sarrailh y *The Eighteenth Century Revolution in Spain* de Richard Herr. Falta elegir y delimitar un campo de investigación. Podía optar, a mi gusto, entre una corriente de pensamiento o simplemente un hombre, una figura importante de la Ilustración. El Sr. Rumeau, que había sido profesor mío en la Universidad de Burdeos y a quien debemos una obra admirable sobre uno de los más prestigiosos herederos españoles de las Luces, Mariano José de Larra, me habló de Juan Pablo Forner,

poeta mediocre, escritor carente de genio pero hombre de amplia e insólita cultura, cuyos textos, ardorosos y estridentes, eran como un desafío a los historiadores que se dedicaban a estudiar la Ilustración sin reconsiderar unas ideas recibidas y demasiado arraigadas. En el concierto de la España ilustrada, donde un Jovellanos, un Cadalso o un Moratín parecían encajar perfectamente, la irrupción de un Forner era como una nota falsa, como una violenta discordancia. Molestaba, en suma, y sólo eso justificaba ya el interés por aquel intruso. En el siglo de la Filosofía, aquel desconcertante personaje se proclamaba con insistencia, con obstinación incluso, heredero de una tradición de pensamiento que se remontaba al siglo XVI. Nacido en 1756, el año en que se publicó el *Ensayo sobre las costumbres* de Voltaire, entre el comienzo y la culminación de la gran *Enciclopedia* de Diderot y D'Alembert, contemporáneo de Condorcet y de Gibbon, para él no existía más que un humanista del Renacimiento: Vives. Pero era también, indudablemente, un hombre de su tiempo. Son buena prueba de ello sus polémicas incesantes, la pasión que animaba la mayoría de sus obras. Para comprender el pensamiento de Forner en sus aparentes contradicciones, parecía aconsejable remontar el curso de la historia, ir saliendo poco a poco de su época para volver después a ella desde sus inicios. Y eso es lo que hice, mediante tanteos primero, y de manera más metódica después. Y de ese modo, tras cinco o seis años de búsqueda y reflexión, acabé por encontrar a mi personaje, descubriendo en la práctica que a veces un sujeto de la historia no está definido desde el principio sino que se presenta inopinadamente, y como por sí mismo, cuando el trabajo que se ha iniciado dando al azar unos golpes de pico nos hace descubrir capas de terreno insospechadas que no afloran por ningún sitio a la superficie. Había elegido a un personaje en 1959; y hasta más o menos 1965 no tuve un buen tema de historia, un verdadero tema: la tradición y las Luces, la tradición española de la Ilustración. Después se trataba de reflexionar sobre un conjunto que había que ordenar y componer, determinando el lugar y la función de cada elemento. Esa tarea fue la más importante de mi trabajo, y la más difícil.

Para devolver a la vida a aquel hombre a cuyo estudio me dediqué, tres obras me fueron de constante utilidad: el *Elogio del Señor D. Juan Pablo Forner*, de Joaquín María Sotelo, publicado en 1797; «Vida y escritos del autor» de Luis Villanueva, que sirve de introducción a una edición de las *Obras de D. Juan Pablo Forner*, aparecida en Madrid en 1843, y por último y sobre todo el libro de María Jiménez Salas titulado *Vida y Obras de D. Juan Pablo Forner y Segarra*, que se escribió antes de la guerra civil pero no se publicó hasta 1944. Encontré en ellos unos esbozos de biografía que en algunos puntos se completaban apreciablemente entre sí, documentos, datos bibliográficos. Pero ninguna idea, ninguna visión de conjunto vigorosa y coherente. Incluso en la muy seria monografía de María Jiménez Salas, *Forner y su obra*, rápidamente presentados sin trasfondo ni decorado, aparecían sin relieve, sin profundidad y sin una significación histórica precisa. No había en aquella obra minuciosa más que una sumisión total a las antiguas opiniones de Menéndez Pelayo, el cual, como veremos, inventó en el siglo pasado una determinada imagen de Forner que no ha sido radicalmente contestada hasta nuestros días.

¿Y qué método utilicé? En gran parte me lo dictó la propia materia que iba a tratar, la práctica por así decirlo. Pero intenté además extraer enseñanzas de algunos

libros que siempre he tenido a mano: *Le problème de l'incroyance au 16^e siècle: La religion de Rabelais* de Lucien Febvre, que me ha enseñado que «el historiador no es el que sabe. Es el que busca. Y por tanto el que pone en tela de juicio las soluciones adquiridas, que revisa cuando es necesario los viejos procesos. Y 'cuando es necesario' ¿no es lo mismo que decir 'siempre'?» Las *Questions de méthode* de Jean-Paul Sartre, introducción epistemológica a una obra gigantesca dedicada a Flaubert, que plantea, como debemos plantearnos en nuestros días, esta sencilla y amplia pregunta: «¿Qué se puede saber hoy de un hombre?» Me parecía que esa actitud que preconiza Sartre en su crítica a un determinado marxismo, que cabe pensar que está hecha en nombre de un marxismo más dialéctico y más exigente, era la óptima para estudiar a un individuo en su época. Consiste en «determinar progresivamente la biografía (por ejemplo) profundizando en la época, y la época profundizando en la biografía». Este método, además, «lejos de tratar de integrar sobre el terreno una en otra [...], las mantendrá separadas hasta que se produzca de manera espontánea la fusión que pondrá fin provisionalmente a la investigación».

Eso es lo que yo quería hacer con Forner y su época, la Ilustración. Y ésa es la razón de que, materialmente, este libro se presente así, en partes desiguales. La que más me costó está al principio, abajo, como un zócalo, un basamento que traté de que fuera amplio y sólido: los orígenes y el entorno familiar de Forner, y también, a continuación, su tradición intelectual, que atraviesa todo el primer siglo XVIII hasta llegar al Renacimiento español redescubierto y reconquistado. Después, los trabajos y los días de Juan Pablo, su historia personal, en la que intercalé cada vez que lo estimé necesario unos «paneles» de historia política, social y cultural.

Algunos de mis primeros lectores me han señalado que me detuve en exceso en lo que he llamado «el primer siglo XVIII», que tal vez le había dedicado demasiado espacio a Mayáns, que había en mi estudio, en suma, una sorprendente desproporción entre el zócalo (el primer siglo XVIII, la vida y la obra de Mayáns) y la estatua (la figura de Forner, su papel en la Ilustración). No se me había escapado por lo demás este defecto —si es que lo es—, y confieso que este libro me planteó durante mucho tiempo espinosos problemas de estructura. Y es que para abordar las cuestiones que más me interesaban y que sigo considerando fundamentales —la tradición nacional de la Ilustración, los resurgimientos en la España ilustrada de corrientes de pensamiento heredadas del siglo XVI— debía decidirme a romper el modelo de una monografía ordinaria limitada a un ilustrado y a sus escritos. Pensaba, y lo sigo pensando, que para comprender plenamente la obra de Forner, su significación histórica, el método retrospectivo que adopté en la primera parte del estudio era no sólo útil sino además indispensable. Si Mayáns no hubiera existido, la historia cultural de la Ilustración habría sido sin duda alguna muy distinta de lo que fue, y la obra de Forner no sería ni siquiera imaginable. Si la separamos de la tradición intelectual valenciana en la que tiene sus raíces profundas, se convierte en algo casi ininteligible, y el hecho de que los principales textos del vehemente apologista de la cultura española hayan dado lugar desde hace alrededor de dos siglos a tantas interpretaciones erróneas y contradictorias se debe sobre todo a que esa tradición ha estado durante mucho tiempo oculta, olvidada. No se ha de aplicar el mismo método al estudio de un escritor rupturista y al de